



LA IGLESIA ANTE EL SOCIALISMO

Rafael Belda

¿Cuál es la posición que ante el socialismo mantiene la Iglesia? Es una pregunta que frecuentemente se escucha hoy en nuestros medios eclesiales. A tratar de dar alguna luz viene este artículo del P. Belda, prestigiado profesor de filosofía social. Apareció originalmente en el excelente número doble (89-90 Sept.-Dic., 1980), dedicado al tema "Socialismo y fe cristiana hoy", de la revista española IGLESIA VIVA.

1. LA OPCION SOCIALISTA DE LOS CRISTIANOS UN SIGNO DE LOS TIEMPOS PRESENTES

A partir de la terminación de la segunda guerra mundial ha ido apareciendo lentamente una minoría importante de cristianos que se identifican cívicamente como socialistas.

Es cierto que la postura de una gran mayoría de cristianos ante el socialismo sigue siendo de rechazo global o, al menos, de serias reservas. Pero este dato no anula, en mi opinión, el valor significativo del hecho anterior, que bien puede ser calificado, utilizando la expresión de Juan XXIII, como un signo de los tiempos presentes.

La opción socialista de los cristianos actuales tiene sentidos y realizaciones prácticas muy diversas, que es indispensable describir, si queremos captar su verdadero alcance.

- Se extiende, en principio, aunque en número desigual, a todos los movimientos ciudadanos, sindicatos o partidos que se autotitulan socialistas; desde el socialismo libertario (anarquismo) hasta el socialismo democrático no marxista (por ejemplo, el laborismo inglés).

- Abarca los cinco continentes. Inicialmente hizo su aparición en Europa, pero después ha adquirido un relieve mayor en algunos países del llamado Tercer Mundo (por ejemplo, en América Latina).
- Incluye a seglares, sacerdotes, religiosos y obispos, aunque se exprese en formas de conducta muy diversas: desde la lucha armada guerrillera hasta la simple emisión de un voto en unas elecciones, pasando por la denuncia pública de unas estructuras sociales injustas.
- Se da preferentemente entre las generaciones jóvenes.
- Conlleva, en ocasiones, el riesgo de perder la vida. En algunos países de América Latina los católicos considerados de izquierdas se han convertido en uno de los blancos favoritos de la represión de las dictaduras dueñas del poder.
- Se entiende radicalmente como un repudio de la opción capitalista, globalmente considerada, por estimarla, en último término, contradictoria con la fidelidad del Evangelio. Digo «en último término», porque influyen en la opción socialista de esos cristianos, a la vez y decisivamente, razones derivadas de la aplicación al capitalismo de métodos de análisis social que diagnostican su carácter estructuralmente opresor.

Lo cierto es que los cristianos socialistas consideran al capitalismo no como una simple fórmula de organización de la economía, sino como una cosmovisión, un modelo de sociedad, un tipo de civilización, incompatible con su fe.

- Consecuentemente con lo anterior, la opción socialista de los cristianos no tiene un carácter confesional: «socialista porque cristiano», luego inclinación a formar organizaciones socialistas cristianas». Lo cual no obsta para que se viva no sólo sin ruptura con la Fe, sino en armonía con la fidelidad a la Fe, ya que aparece como más afín a los valores éticos centrales del Evangelio que la opción capitalista.
- En grupos de gente cristiana de escasa cultura política y madurez religiosa es el fruto de una apreciación difusa, según la cual «la izquierda o el socialismo» promueven el avance hacia una sociedad más justa sin entrar en mayores concreciones doctrinales. Por eso votan o apoyan a los movimientos socialistas en virtud de una inclinación espontánea ajena a planteamientos teóricos político-religiosos de más profundidad.
- Se vive en forma más o menos crítica, reconociendo que, desde una perspectiva cristiana, los modelos actuales de socialismo arrastran, frecuentemente, elementos doctrinales inadmisibles para un creyente, aunque las opciones capitalistas los tengan también.

aún mayores. Es innegable, opinan los cristianos socialistas, que no existe aún un modelo satisfactorio de socialismo.

- La aplicación del método de análisis de ciertas corrientes socialistas puede contribuir, a juicio de tales cristianos, a la clarificación de las causas de las deformaciones históricas de la Iglesia, ya sea en el nivel de la plasmación de las instituciones, ya sea en el de la formulación del mensaje de salvación que proclama en nombre de Jesucristo.
- La opción socialista de los cristianos se enmarca, como veremos más adelante, dentro de unas directrices de ética socioeconómica y política del supremo magisterio moral de la Iglesia, que consideran actualmente lícitas para los cristianos algunas formas de socialismo.

2. CAUSAS DE ESA EVOLUCION ECLESIAL

La opción socialista de ciertos grupos cristianos no es, hablando en términos absolutos, una novedad de última hora.

Ya en el siglo XIX existieron corrientes socialistas de inspiración cristiana y Marx las conoció y se ensañó especialmente con ellas. Sirva de botón de muestra su famosa «Circular contra Kriege», en la que somete a crítica implacable la opción socialista fundada sobre motivos ético-religiosos derivados del cristianismo.

En el siglo XX, cuando el Papa Pío XI publicó la encíclica «Quadragesimo anno» (1931), en la que proclamaba la «incompatibilidad entre la fe católica y cualquier forma de verdadero socialismo» (núm. 120), los obispos católicos ingleses se alarmaron y elevaron una consulta a la Santa Sede. Muchos católicos ingleses manifestaban sus preferencias políticas por el Partido Laborista o al menos le otorgaban su confianza electoral. ¿Se extendería también a ellos el veredicto moral del documento pontificio? La Santa Sede respondió negativamente y el asunto quedó zanjado.

Pero cuando comienza a adquirir relieve la opción socialista de los cristianos es en los años inmediatamente posteriores al término de la segunda guerra mundial. Tratemos de precisar cuáles han sido, a nuestro entender, los factores desencadenantes de esa evolución eclesial:

- En esos años la Iglesia adquiere un conocimiento de primera mano de las actitudes profundas de las clases trabajadoras, a través de los Movimientos Especializados de Acción Católica (J. O. C.) (A. C. O.) y de la experiencia de los sacerdotes obreros.

El resultado fue desgarrador para sus protagonistas. Descubrie-

ron la existencia de una ruptura radical entre Iglesia y mundo obrero, una de cuyas causas era la convicción en los trabajadores de que la Iglesia justificaba el sistema socioeconómico que les sometía a dura explotación.

La aceptación del «capitalismo en sí mismo considerado», aunque depurado de sus abusos históricos, unida a la condena del socialismo en cuanto tal, llevaba a los obreros a la conclusión de que la Iglesia se alineaba junto a quienes atropellaban su dignidad y derechos fundamentales.

De ahí nacía una repulsión de los principios de la llamada Doctrina Social de la Iglesia y una afinidad espontánea entre las aspiraciones obreras de una nueva sociedad verdaderamente justa y el proyecto socialista.

Los militantes cristianos de los movimientos apostólicos obreros que habían descubierto la dimensión terrestre —sociopolítica— de la salvación cristiana, frente al dualismo o espiritualismo evasivista del catolicismo conservador y que se sentían obligados por fidelidad a su fe a realizar «un compromiso temporal» (según el lenguaje de la época), llegaron fácilmente a la conclusión de que habían de colaborar a la eliminación del sistema capitalista.

- La crítica del capitalismo se lleva a cabo también desde sectores intelectuales católicos, si bien desde perspectivas divergentes. Unos, el movimiento personalista agrupado en torno a la revista *Esprit*, cuya figura más destacada es Emmanuel Mounier, rechazan el capitalismo, pero no aceptan la alternativa marxista a la que consideran incapaz de promover una auténtica liberación humana. Otros, «el progresismo cristiano» capitaneado por Montuclard y Mandouze, fundadores del movimiento «Jeunesse de l'Eglise», ven en el marxismo el único método científico capaz de explicar y transformar la historia profana, poniendo fin a la opresión capitalista.
- Desde los años 50, los países del llamado Tercer Mundo comienzan a cobrar conciencia reflexivamente del carácter estructuralmente opresor que el imperialismo capitalista ejerce sobre todas sus actividades.

Esta reflexión desemboca en la *teoría de la dependencia* elaborada en América Latina que interpreta el subdesarrollo como el reverso inevitable de la opulencia de las metrópolis capitalistas.

La salida del subdesarrollo sólo puede lograrse mediante un movimiento de liberación que incluye la implantación de una sociedad socialista. El impacto de la revolución cubana, en su primera

época, hasta la muerte del «Che» Guevara, sobre los países latino-americanos, consolidó estas convicciones.

Por todas partes brotaron minorías cristianas que han participado decididamente en ese esfuerzo de liberación. La Conferencia de Medellín y la fundación del movimiento Cristianos por el Socialismo son dos momentos particularmente significativos de ese proceso.

Quizás en ningún lugar como en América Latina la Iglesia ha querido sacar todas las consecuencias prácticas de su identidad de Iglesia de los pobres. Núcleos importantes de cristianos opinan que esa fidelidad a la fe implica un compromiso cívico, en las actuales circunstancias, tendente a la construcción de un verdadero socialismo.

- Esa acta de acusación que los países del Tercer Mundo levantan contra «el occidente cristiano», al que consideran responsable de su situación de despojo y sumisión, confirma en núcleos cristianos de los países capitalistas de Europa el deseo de participar en la edificación de un nuevo modelo de sociedad que elimine los defectos incurables del sistema establecido.

Se reconoce que dentro de ese modelo de sociedad se han alcanzado conquistas a las que la humanidad no puede ni debe renunciar. Pero también se advierten sus límites infranqueables a causa de la naturaleza del sistema.

Por otra parte, trascender esos límites aparece como algo históricamente posible y deseable.

3. EL MAGISTERIO DE LA IGLESIA CONTEMPORANEA ANTE EL SOCIALISMO

La opción de los cristianos en favor del socialismo, bajo cualquiera de sus formas, ha sido una de las causas que han provocado la reflexión del magisterio social de la Iglesia durante estos últimos años.

¿Qué conclusión se puede sacar de un análisis intelectualmente honesto de ese magisterio (pontificio, episcopal) acerca de la coherencia entre adhesión a la fe cristiana y opción socialista? ¿Siguen teniendo vigencia las directrices doctrinales de la encíclica *Quadragesimo anno* de Pío XI, según las cuales o el socialismo es verdadero y entonces es cristianamente inaceptable o es aceptable porque no es socialismo aunque conserve el nombre? ¿Ha habido, por el contrario, una evolución moral que considera lícitas para un cristiano ciertas opciones socialistas?

No estará de más recordar, antes de despejar esas incógnitas, cuáles

han sido las razones fundamentales del rechazo del socialismo, aun en sus formas más moderadas, aducidas por el magisterio social eclesástico, anterior a la segunda guerra mundial:

- a) La vinculación intrínseca de todo socialismo a una filosofía materialista (negadora de Dios y del destino ultraterrestre del hombre), incompatible con la fe cristiana (véase *Quadragesimo anno*, números 117 y 118).
- b) La defensa de algunos atributos básicos de la persona humana tales como la libertad, la capacidad de iniciativa, la responsabilidad, que la Iglesia consideraba amenazados gravemente por un proyecto socioeconómico que otorgaba al Estado el control de las instituciones capitales de la vida social y económica.

Concluido este inciso, volvemos al punto central de nuestra investigación. Y lo primero que parece aconsejable averiguar es la naturaleza del socialismo que ha sido objeto de consideración del magisterio eclesial más reciente.

El socialismo ha experimentado en los últimos treinta y cinco años un proceso tan profundo de transformación que resulta casi imposible señalar un contenido común, por tenue que sea, que sirva para caracterizar a los múltiples movimientos que se cobijan bajo ese término.

El socialismo ha sido desde sus orígenes un hecho plural. Pero al menos durante bastante tiempo las distintas corrientes socialistas coincidían en su aspiración de instaurar un modelo de sociedad que representaba la antítesis del capitalismo. Hoy ese criterio de identificación, en algunos casos, resulta inservible.

Si a eso añadimos que el socialismo ha dejado de ser un hecho europeo y se ha difundido por los cinco continentes, alimentando la pretensión de expresarse a través de los valores propios de las culturas indígenas, maltratadas por los colonizadores europeos, comprenderemos la dificultad de llevar a cabo una reflexión moral que abarque la complejidad del fenómeno socialista.

Intentaremos resumir brevemente los rasgos más significativos de la evolución del socialismo contemporáneo.

- *Tendencia a la secularización*, es decir, a desprenderse de cualquier filosofía, reduciéndose a los límites de un proyecto socio-económico y político.

La solución a los problemas relativos al sentido último de la vida humana se dejan a la libre elección de cada militante.

Así aparece proclamado, por ejemplo, en el punto 11 del preámbulo de la Declaración de Frankfurt de la Internacional Sociali-

ta (1951):

«El socialismo democrático es un movimiento internacional que en modo alguno exige una uniformidad de la concepción del mundo y de la vida. Es indiferente que los socialistas deriven su convicción de los resultados de los análisis sociales marxistas o de otra índole, o de principios religiosos o humanitarios.»

Incluso los partidos eurocomunistas se orientan en esa dirección, debido en gran parte a la acción de los cristianos que militan en sus filas.

- *Crítica severa de los modelos de socialismo existentes* en los países comunistas. Esta crítica es compartida por movimientos socialistas marxistas y no marxistas. La crítica niega la identidad socialista de tales modelos, por haber implantado la propiedad estatal de los medios de producción en lugar de la propiedad social, la planificación autoritaria y centralizada en lugar de la planificación democrática, y, en definitiva, por haber concentrado todas las facultades de decisión en un Estado omnipotente, vertebrado por un partido desarraigado de la sociedad y carente de organización democrática.
 - *Aceptación por algunos partidos comunistas de "la vía democrática hacia el socialismo" en los países capitalistas de occidente.* Este fenómeno conocido con el nombre de «eurocomunismo» lleva consigo el repudio de la dictadura del proletariado, la admisión del pluralismo político y sindical en la hipótesis de una llegada al poder gracias al consentimiento popular, el respeto de las libertades civiles y políticas de los ciudadanos e incluso la disposición a abandonar el gobierno una vez alcanzado, si así lo decide la sociedad en una consulta electoral posterior.
 - *El alejamiento de los partidos socialistas de la doctrina del marxismo tradicional,* por estimar que muchas de las tesis marxistas han sido desmentidas por la experiencia y que su valor dependía de análisis condicionados por un contexto socio-histórico ya desaparecido.
- Esta quiebra de confianza en el valor del marxismo globalmente considerado ha desencadenado tensiones internas en los partidos que, en algunos casos, pueden concluir en escisiones irreparables.
- *El abandono por algunos partidos de objetivos tradicionalmente considerados como socialistas* (la propiedad pública de los medios de producción, la supresión de la economía de mercado), que hace difícil admitir el carácter alternativo de un proyecto semejante respecto del tipo de sociedad capitalista establecida en los países de occidente.
 - *La coincidencia cada vez mayor en equiparar el socialismo con la realización de la democracia integral.* Una democracia simultánea-

mente política, económica, social y cultural. Una democracia que lleve a todos los terrenos de la vida humana y hasta sus últimas consecuencias los principios de soberanía popular, participación, libertad y solidaridad que son la médula del ideal democrático. Una democracia directa y representativa en la que tenga un puesto cada vez más importante la práctica de la autogestión.

Una vez dibujado el telón de fondo del socialismo contemporáneo, vamos a exponer cuál ha sido la valoración que de él ha hecho el magisterio social de la Iglesia, particularmente el magisterio pontificio.

El documento fundamental que recoge ese punto de vista es la Carta Apostólica de Pablo VI, *Octogesima adveniens*, publicada con ocasión del 80 aniversario de la Encíclica de León XIII, *Rerum Novarum*.

La posición doctrinal del Papa creo que puede resumirse fielmente en estos términos:

de la condenación indiscriminada del socialismo al discernimiento histórico.

Esta postura, que, a mi juicio, supone una evolución respecto del magisterio pontificio anterior, se había ido gestando lentamente mediante una comprensión más profunda y exacta de la naturaleza del sistema capitalista y de la necesidad de encontrar un sistema alternativo que suprimiera sus defectos inevitables.

Juan XXIII en su Encíclica *Mater et magistra* (1961) formula un principio que, implícitamente al menos, conduce a una superación del capitalismo en cualquiera de sus formas.

Hablando de la armonía necesaria que debe existir entre las estructuras económicas y la dignidad humana de los trabajadores, afirma:

«Si el funcionamiento y las estructuras de un sistema productivo ponen en peligro la dignidad humana del trabajador, o debilitan su sentido de responsabilidad, o le impiden la libre expresión de su iniciativa propia, hay que afirmar que *este orden económico es injusto, aun en el caso de que, por hipótesis, la riqueza producida en él alcance un alto nivel y se distribuya según criterios de justicia y equidad* (número 83).»

Dado que el capitalismo entraña por principio la separación entre capital y trabajo, la reserva de las facultades de decisión y del poder económico en manos de una oligarquía propietaria, cada vez más reducida o de unos altos ejecutivos del gran capital, no vemos qué sentido pueda tener el principio expuesto, si no se traduce en la búsqueda de un nuevo modelo socioeconómico distinto del que designamos con el nombre de capitalismo.

Pero hay todavía más. Lo que en Juan XXIII aparece como un criterio ético, que no se aplica directamente al análisis valorativo de los sistemas socioeconómicos del Occidente capitalista opulento de los años 60, reaparece en su sucesor Pablo VI, antes de la publicación de *Octogesima adveniens*, con un nivel de concreción mucho mayor.

El día 8 de junio de 1964 el Papa dirige un mensaje a la Unión Cristiana de Empresarios y Dirigentes de Italia con ocasión de la clausura de su Congreso, celebrado en Nápoles. No recordamos la existencia de ningún otro documento pontificio en el que la crítica del capitalismo, dentro de la moderación habitual de los pronunciamientos del magisterio, haya alcanzado una cota mayor de precisión y severidad.

Pablo VI hace, al principio, una descripción de las tensiones internas que atraviesa la historia del capitalismo, desde sus orígenes hasta nuestros días. Enuncia la acusación que se hace por parte de algunos a la lógica misma del sistema, para explicar tales consecuencias deplorables, y concluye con esta afirmación:

«Ha de tener algún vicio profundo, una *radical insuficiencia* este sistema, si desde sus comienzos cuenta con semejantes reacciones sociales.

Es verdad que quien hoy hable, como hacen muchos, del capitalismo con los conceptos que lo definieron en el siglo pasado, da pruebas de estar retrasado con relación a la realidad de las cosas; pero es un hecho que el sistema económico-social, creado por el liberalismo manchesteriano y que todavía perdura en el criterio de la *unilateralidad de la posesión de los medios de producción*, de la *economía encaminada a un provecho privado prevalente*, no trae la perfección, no trae la paz, no trae la justicia, si *continúa dividiendo a los hombres en clases irreductiblemente enemigas* y caracteriza a la sociedad por el malestar profundo y lacerante que la atormenta, apenas contenido por la legalidad y la tregua momentánea de algunos acuerdos en la lucha sistemática e implacable que debería llevarla a la opresión de una clase contra otra.»

Aquí ya no se trata de reconocer y condenar los abusos históricos de un sistema, *en sí mismo indiferente*, sino de desvelar su *radical insuficiencia*. Más aún, se apunta claramente la naturaleza de dicha insuficiencia radical; la unilateralidad de la posesión de los medios de producción y la economía presidida por la búsqueda de un provecho privado prevalente, y finalmente se levanta acta del resultado de tal tejido estructural: la división de la sociedad en clases irreductiblemente enemigas.

Esta percepción más lúcida, a nuestro entender de la verdadera naturaleza del capitalismo, unida a las transformaciones y diversificación de los movimientos socialistas contemporáneos, ¿llevarán a la ética socioeconómi-

ca cristiana a una legitimación del socialismo? Volvamos, de nuevo, a la enseñanza de Pablo VI en la *Octogesima adveniens*.

El documento pontificio trata del socialismo en los números 31 y 32. El número 31 se refiere a las corrientes socialistas en general. El número 32 alude al marxismo en particular. Esta división, explicable desde un punto de vista didáctico puramente abstracto, no resulta tan clara desde una perspectiva sociopolítica, puesto que el marxismo, o ciertos elementos de origen marxista, están presentes en las diversas corrientes socialistas, a excepción de los partidos socialdemócratas, a los que los socialistas puros niegan la identidad socialista.

La reflexión de Pablo VI sobre el socialismo va precedida de la transcripción de un texto de Juan XXIII, en la encíclica *Pacem in terris*, cuya importancia respecto del tema que nos ocupa es, sin duda, considerable.

El texto figura en la quinta y última parte de la encíclica dedicada a exponer los principios que deben regular el compromiso cívico de los cristianos. En el despliegue de ese compromiso, dice Juan XXIII, sucede con frecuencia que los cristianos estimen oportuno colaborar con hombres que no comparten su Fe, pero defienden valores y se proponen objetivos que parecen constituir un progreso para el bienestar de la sociedad.

¿Qué se puede pensar de tal colaboración? ¿Es inconsecuente con la propia Fe prestar apoyo a movimientos sociopolíticos en cuyos orígenes hay una confusión con filosofías contrarias a las verdades de la Fe?

Juan XXIII afirma que «es completamente necesario distinguir entre las teorías filosóficas falsas sobre la naturaleza, el origen y el fin del mundo y del hombre y las corrientes de carácter económico y social, cultural o político, aunque tales corrientes tengan su origen e impulso en tales teorías filosóficas. Porque una doctrina, cuando ha sido elaborada y definida, ya no cambia. Por el contrario, las corrientes referidas, al desenvolverse en medio de condiciones mudables, se hallan sujetas por fuerza a una continua mudanza. Por lo demás, ¿quién puede negar que, en la medida en que tales corrientes se ajusten a los dictados de la recta razón y reflejen fielmente las justas aspiraciones del hombre, pueden tener elementos moralmente positivos dignos de aprobación? (número 159).

Esta distinción, establecida por Juan XXIII, entre filosofías falsas y movimientos sociales nacidos de ellas, pero depurados de su pretensión interpretativa del sentido último de la vida humana, ha sido la clave ética que ha permitido desbloquear la conciencia cristiana y colocarla en una *actitud prudente*, pero abierta a la militancia o el apoyo ciudadano a los movimientos de la izquierda.

El hecho de que Pablo VI repita la cita de Juan XXIII, cuando va a exponer su doctrina sobre el socialismo, indica con bastante claridad que

ése era, según su interpretación autorizada, el sentido profundo del principio de la *Paxem in terris*.

Hechas estas precisiones, podemos exponer con mayores garantías de acierto la doctrina de Pablo VI acerca de la opción cristiana por el socialismo.

A) El punto de partida es un hecho básicamente nuevo en la vida de la Iglesia moderna:

«Hoy día los cristianos se sienten atraídos por las corrientes socialistas y sus diversas evoluciones. Tratan de reconocer en ellas un cierto número de aspiraciones que llevan dentro de sí mismos en nombre de su Fe. Se sienten insertos en esta corriente histórica y quieren realizar dentro de ella una acción» (número 31).

B) La Iglesia no entra a definir cuál es la identidad del socialismo. Simplemente constata su condición plural que todavía, *en muchos casos*, sigue incluyendo una cosmovisión opuesta a la Fe cristiana.

«Esta corriente histórica (el socialismo) asume diversas formas, bajo un mismo vocablo, según los continentes y las culturas, aunque ha sido y sigue inspirada en muchos casos por ideologías incompatibles con la Fe» (ídem).

C) *En otros casos*, por consiguiente, no hay motivos para atribuir al socialismo esa inspiración ideológica anticristiana.

D) La actitud del cristiano ante el socialismo no ha de ser simplista. Ni idealización indiscriminada, ni condición global.

«Se impone un atento discernimiento» (ídem).

E) El criterio para llegar a una conclusión prudente en cada caso es apreciar la vinculación existente entre la aspiración a un modelo de sociedad alternativa de la actual (capitalista), la naturaleza de los movimientos históricos que luchan por conseguirla y la ideología filosófica que puede acompañar a ese proyecto.

F) La luz de esa norma orientadora

«permitirá a los cristianos considerar el grado de compromiso posible, quedando a salvo los valores, en particular, de la libertad, la responsabilidad y la apertura a lo espiritual, que garantizan el desarrollo completo del hombre» (ídem).

G) El socialismo marxista es hoy objeto de múltiples interpretaciones. Algunos lo reducen a un método de análisis de la realidad social

y política. que permite descifrar, bajo una forma científica, las leyes de evolución de la sociedad y actuar sobre ella.

Pero tal método se apoya sobre unos presupuestos filosóficos e induce a una práctica sociopolítica que impiden su aceptación.

«Es sin duda ilusorio y peligroso olvidar el lazo íntimo que *los une radicalmente*, el aceptar los elementos del análisis marxista sin reconocer sus relaciones con la ideología, el entrar en la práctica de la lucha de clases y de su interpretación marxista, omitiendo el percibir el tipo de sociedad totalitaria y violenta a la que conduce este proceso (número 34).

La doctrina de Pablo VI en la *Octogesima adveniens* es la que inspira el magisterio de los obispos europeos, desde la fecha de su publicación.

No podemos desarrollar más ampliamente este punto, ni creemos que contribuiría a enriquecer especialmente nuestra reflexión.

Tal vez sirva de modelo, para conocer esa actitud del episcopado europeo, el siguiente texto de la Comisión Episcopal Francesa del Mundo Obrero:

«Actualmente lo que subsiste es una incompatibilidad entre la filosofía materialista y atea del marxismo y la Fe cristiana; subsiste también una contradicción entre *ciertas formas de acción revolucionaria* y las exigencias evangélicas del amor. Pero *comenzamos a darnos cuenta de que no existe incompatibilidad entre el Evangelio y un sistema económico y político de tipo socialista, siempre que sean respetados los derechos fundamentales de la persona y las exigencias de una verdadera promoción colectiva de la Humanidad. siempre que —igualmente— pueda expresarse la vocación sobrenatural del hombre.*»

Los puntos de fricción más importantes entre la Iglesia y el socialismo en los países europeos, sobre todo en los latinos, son actualmente los relativos a la institución familiar (divorcio, aborto) y a la organización escolar (escuela pública, escuela privada).

El paso de una situación de confesionalidad del Estado a otra de laicidad, en esos países, amenaza con eliminar instituciones defendidas por la Iglesia, y no siempre justificables en su versión tradicional, y empuja a la Iglesia a prestar un apoyo, al menos indirecto, a los partidos de la derecha que encarnan el inmovilismo socioeconómico y la consiguiente defensa del más crudo clasismo.

También en este punto habrá que aplicar un atento discernimiento. No identificar los valores con sus formulaciones históricas, siempre revi-

sables. No confundir las exigencias de la Fe en la conducta del cristiano con el ordenamiento legal de una sociedad pluralista, que, para promover el bien común temporal, no puede reflejar todos los valores morales incluso naturales.

4. LA APUESTA POR UN MODELO DE SOCIEDAD MAS COHERENTE CON LA INSPIRACION EVANGELICA

En algunos países del Tercer Mundo, particularmente de América Latina, el magisterio eclesial de un sector del episcopado ha llevado adelante las directrices pontificias sobre el socialismo, aun manteniendo con ellas una línea esencial de continuidad.

La dramática situación en la que viven muchos de esos países, víctimas del neocolonismo y de las dictaduras toleradas o impulsadas por el imperialismo norteamericano, ha sacudido la conciencia eclesial y ha provocado el compromiso de amplios núcleos cristianos en las luchas por la liberación del subcontinente.

Un buen número de pastores de las comunidades cristianas participan en la búsqueda de un nuevo modelo de sociedad que, manteniendo intacta la dignidad humana de los ciudadanos, ofrezca un marco de libertad indiscriminada, que permita a la Iglesia llevar a cabo su tarea evangelizadora. Esa nueva sociedad es para ellos el *socialismo verdadero*, que, por supuesto, diverge en puntos esenciales de los regímenes político-sociales que, hoy por hoy, son designados con ese nombre.

La opción de esa vanguardia de la Iglesia latinoamericana por el verdadero socialismo ha seguido una trayectoria, cuyas etapas principales guardan entre sí una lógica relación.

El punto de arranque es la comprobación experimental de la miseria colectiva que atenaza a las capas populares de la región. La II Conferencia General del episcopado latinoamericano, reunida en Medellín (1968), califica esa situación de *violencia institucionalizada* y causa de violación habitual de derechos humanos fundamentales.

De la constatación de la injusticia pasan los obispos a una búsqueda de las causas, y ello les lleva espontáneamente a una crítica del capitalismo.

En un primer momento denuncian los *abusos del sistema*, pero pronto se persuaden de que la raíz del mal se halla en su misma naturaleza.

«La situación socioeconómica, política y cultural de nuestro pueblo —escriben los obispos y superiores religiosos del Nordeste del Brasil— constituye un desafío para nuestra conciencia cristiana. Subalimentación, mortalidad infantil, prostitución, analfabetismo, desempleo, discriminación cultural y política, explora-

ción, desigualdad creciente entre ricos y pobres y otras numerosas consecuencias caracterizan una situación de violencia institucionalizada en nuestro país... Por otro lado, resulta cada vez más indispensable recurrir a la represión para garantizar el funcionamiento y la seguridad del sistema capitalista, lo cual se manifiesta en la supresión de órganos legislativos constitucionales, en la censura, en medidas persecutorias contra obreros, campesinos e intelectuales, así como en los vejámenes infligidos a los sacerdotes y militantes de las Iglesias cristianas; todo esto asume las más variadas formas, desde el encarcelamiento y las torturas hasta las mutilaciones y el asesinato...

La injusticia de esta situación tiene su fundamento en las relaciones capitalistas, de las que se deriva necesariamente una sociedad, de clases, marcada por la discriminación y la injusticia.»

Siendo las cosas así, se impone avanzar hacia un mundo nuevo. A este mundo nuevo no se puede llegar mediante reformas que se mantengan dentro de los límites del capitalismo. Se requiere una ruptura, una liberación. En este proceso de liberación el agente principal ha de ser el pueblo, las masas oprimidas. El pueblo debe ser protagonista de su propia promoción. Esa es una de las fórmulas más frecuentemente repetidas por los obispos renovadores latinoamericanos.

¿Cuál será esa civilización alternativa que permita, en nuestro contexto histórico, erradicar las consecuencias inhumanas del imperialismo capitalista? El socialismo, responden los obispos, pero purificado de sus deformaciones históricas y adherencias ideológicas, ajenas a su inspiración radical.

«Me parece —dice Mons. Méndez Arceo, obispo de Cuernavaca— que un sistema socialista es más conforme con los principios cristianos de verdadera fraternidad, justicia y paz... No sé qué forma de socialismo, pero es ésta la línea que debe seguir la América Latina. Por mi parte, creo que debe ser un socialismo democrático.»

Quince obispos del Tercer Mundo, en un mensaje titulado «La guerra subversiva del dinero», afirman:

«Lejos de rechazarlo (al socialismo), sepamos adherirnos a él con alegría, como una forma de vida social más adaptada a nuestro tiempo y más conforme con el espíritu del Evangelio.»

Mons. Hélder Cámara, en una conferencia pronunciada en Múnich (20 de junio de 1972), concretaba y matizaba estas posiciones doctrinales:

«El socialismo verdadero requiere la socialización de las posesiones, el conocimiento y el poder. Además, por su misma naturaleza no puede imponerse por la fuerza. Es posible que algunos pregunten irónicamente que en qué parte del globo se ha ensayado esta utopía. Lo único que podemos decir con tristeza es que éstos no tienen espíritu creador y que no saben otra cosa sino seguir caminos muy trillados.»

El arzobispo de Recife condena los crímenes que históricamente se han cometido en los países que se llaman socialistas. Sin embargo, añade, debemos hacer una distinción.

«La manera en que el capitalismo aplasta al hombre es más sofisticada y sutil y procede de la misma naturaleza del sistema, mientras que las bárbaras crueldades que ha cometido el socialismo ruso y chino son crímenes *contra* el verdadero socialismo...

Tenemos que proclamar incesantemente que estos regímenes (URSS, China) constituyen una traición al socialismo.»

Los obispos peruanos, por su parte, en el documento *La justicia en el mundo*, preparatorio del Sínodo Mundial de Obispos de 1972, definen con gran precisión y lucidez el núcleo del verdadero socialismo equivalente a una democracia integral.

«El pueblo debe tener una participación real y directa en la acción revolucionaria contra las estructuras y actitudes opresoras y por una sociedad justa para todos. Esa participación se manifestará en la toma de conciencia crítica y en la actividad creadora que urgen la existencia de canales de participación en las decisiones. Sólo así podrá evitarse la ficción de una democracia formal encubridora de una situación de injusticia...

Por lo demás *no hay participación política sin participación económica*. Por eso tenemos que afirmar que el trabajo da legítimo y primordial título de propiedad sobre los bienes. Esto implica una nueva concepción humanista fundamental del proceso económico y *una superación del modelo capitalista*, donde el capital fue privilegiado, considerándose al trabajo como una simple mercancía.

Como consecuencia de esta concepción del trabajo, sigue la necesidad de superar la exclusiva apropiación privada de los medios de producción y *promover una propiedad social* que responda más eficazmente a la significación del trabajo humano y al destino universal de los bienes. Dios Creador ha puesto los bienes para todos los hombres.

Más aún: la gestión de la empresa debe ser patrimonio de todos los que trabajan en ella, como forma específica de la movi-

lización y participación social.»

El último documento episcopal latinoamericano que analiza el tema de la opción socialista es la Carta Pastoral Colectiva del Episcopado de Nicaragua, *Compromiso cristiano para una Nicaragua nueva* (17-XI-1979).

Publicado poco después del triunfo popular sobre la dictadura de Somoza, aporta un punto de vista ético que «quiere hacer real la opción eclesial por los pobres.»

No obstante el reconocimiento de la licitud de un proceso revolucionario, que ha depuesto un régimen sociopolítico «que violaba y reprimía los derechos humanos personales y sociales» y por esa razón «era contrario a las exigencias evangélicas», la Iglesia no eleva al nuevo régimen a la categoría de «un nuevo ídolo frente al que hay que doblegarse incuestionablemente. Dignidad, responsabilidad y libertad cristiana son aptitudes irrenunciables dentro de una participación activa en el proceso revolucionario».

Esta actitud crítica constructiva impulsa a los obispos nicaragüenses a exponer con sencillez y libertad de espíritu su opinión sobre el proyecto socialista aceptable y deseable para la nueva Nicaragua.

Existe un falso socialismo que la Iglesia, por el bien del pueblo, al que está llamada a servir, no puede aprobar.

«Si, como algunos piensan, *el socialismo se desvirtúa* usurpando a los hombres y pueblos su carácter de protagonista libre de su historia, si pretende someter al pueblo ciegamente a las manipulaciones y dictados de quienes arbitrariamente detentarían el poder, *tal espúreo o falso socialismo no lo podríamos aceptar*. Tampoco podríamos aceptar un socialismo que, extralimitándose, pretendiera arrebatar al hombre el derecho a las motivaciones religiosas de su vida o de expresar públicamente esas motivaciones y sus convicciones cualquiera que sea su fe religiosa.

Igualmente inaceptable sería negar a los padres el derecho a educar a sus hijos según sus convicciones, o cualquier otro derecho de la persona humana.»

Ahora bien, frente a ese falso socialismo, existe un proyecto de socialismo verdadero que los obispos aprueban y estiman beneficioso para la liberación de su país.

«Si, en cambio, socialismo significa, como debe significar, preeminencia de los intereses de la mayoría de los nicaragüenses y

un modelo de economía planificada nacionalmente, solidaria y progresivamente participativa, nada tenemos que objetar. Un proyecto social que garantice el destino común de los bienes y recursos del país y permita que, sobre esta base de satisfacción de las necesidades fundamentales de todos, vaya progresando la calidad humana de la vida, nos parece justo.

Si socialismo supone poder ejercido desde la perspectiva de las grandes mayorías y compartido crecientemente por el pueblo organizado, de modo que vaya hacia una verdadera transferencia del poder hacia las clases populares, de nuevo no encontrará en la fe sino motivación y apoyo.

Si el socialismo lleva a procesos culturales que despierten la dignidad de nuestras masas y les comunique el coraje para asumir responsabilidades y exigir sus derechos, se trata de una humanización convergente con la dignidad humana que proclama nuestra fe.

En cuanto a la lucha de clases sociales, pensamos que una cosa es el hecho dinámico de la lucha de clases, que llevará una justa transformación de las estructuras, y otra el odio de clases que se dirige contra las personas y contradice el deber cristiano de regirse por el amor...

Tenemos, además, confianza de que el proceso revolucionario sea algo original, creativo, profundamente nacional y de ninguna manera imitativo. Porque, con las mayorías nicaragüenses, lo que pretendemos es un proceso que camine firmemente hacia una sociedad plena y auténticamente nicaragüense, no capitalista, ni dependiente, ni totalitaria.»

5. ALGUNAS OBSERVACIONES A MODO DE EPILOGO

Al concluir la exposición del magisterio social de la Iglesia sobre el socialismo, hay una pregunta que brota casi instintivamente en nuestra mente. ¿Por qué la Iglesia no ha sabido captar el sentido profundo de los grandes cambios sociopolíticos nacidos de la modernidad, y ha figurado históricamente unida, en términos globales, a las fuerzas sociales que querían paralizar el progreso civil?

¿Por qué la oposición a la democracia política a lo largo del siglo XIX y primeras décadas del XX y la alianza con el absolutismo, para terminar con una legitimación tardía, que puede producir la sospecha de oportunismo?

¿Por qué la incompreensión de las aspiraciones del movimiento obrero a ir más allá de los límites de la democracia liberal-burguesa, constru-

yendo un nuevo modelo socioeconómico, que permita el control social de los recursos, máxima garantía de realización de la justicia?

La incomprensión resulta tanto más chocante cuanto que una fidelidad a los grandes principios de la antropología bíblica y del estilo de vida evangélico no debieran haber llevado en esa dirección.

La igualdad fundamental de los seres humanos, la condición de co-creador de toda persona, la responsabilidad y la libertad como rasgos distintivos del espíritu, el destino radicalmente común de todos los bienes de la tierra, la dignidad primordial del trabajo, la armonía estructural entre realización personal y comunión con los otros... son principios cuya expresión socioeconómica y política es imposible inscribir en un modelo de sociedad autoritaria, fascista o capitalista.

Sin embargo, la Iglesia ha vivido y sigue viviendo aún, en gran parte, dentro de esos moldes que vician la autenticidad de su anuncio de liberación a los hombres, sin grandes reparos. Y ha carecido de lucidez y de coraje para acompañar críticamente a los movimientos sociopolíticos configuradores de la modernidad, que ocultaban, tras una costra ideológica laica o anticristiana, semillas de valores evangélicos.

No es que hayan faltado en la Iglesia figuras eminentes que supieron percibir a tiempo la fecundidad de dichos principios y formularon teorías que anticipaban los motivos animadores de las revoluciones modernas.

Los teólogos juristas de la Escuela de Salamanca (Suárez, Soto, Báñez, Molina, etc.) sentaron en el siglo XVI las bases de la organización democrática de la sociedad civil. Y, siguiendo las huellas de la patristica, sostuvieron el valor puramente funcional de la propiedad privada, aceptable en la medida en que la experiencia demostrase su aptitud para conseguir el destino común de los bienes terrestres.

Pero lamentablemente no fue ese el espíritu que prevaleció. Los compromisos sociales de la Iglesia, cuyas instancias supremas fueron acumulando poder temporal, a partir del giro constantiniano, y alejándose de la convivencia con los marginados y oprimidos, condicionaron su lectura del Evangelio y desvirtuaron el magisterio social en los momentos decisivos.

Quizá por esta causa se explica que, a la inversa, sean hoy las Iglesias locales y sus pastores, que han decidido compartir existencialmente la suerte de los condenados de la tierra y vivir institucionalmente los consejos evangélicos, las que vayan en cabeza de la renovación doctrinal.

Es indudable que la crítica eclesial del socialismo señalaba defectos reales, que hoy sus propios partidarios son los primeros en reconocer. También es verdad que esa crítica ha ido acompañada en los documentos del magisterio de una denuncia de los atropellos del «capitalismo histórico», en ocasiones con gran severidad.

Pero en este terreno me parece necesario hacer una última observación.

La pastoral ordinaria de la Iglesia ha contribuido a la formación, entre sus fieles, de un antisocialismo indiscriminado y visceral. No así a la percepción de los enormes contravalores cristianos que encierra el capitalismo.

Creo que la Iglesia tiene la tremenda responsabilidad de perturbar la tranquilidad y la seguridad de la conciencia de la clientela burguesa, que mayoritariamente frecuenta sus templos, bloqueada por un antisocialismo interesado, aun a costa de perderla.

¿Por qué no se desenmascara desde las supremas instancias eclesiales a los regímenes políticos o partidos que dicen inspirarse en el «humanismo cristiano» y conculcan gravemente derechos humanos e imponen coactivamente estructuras injustas?

¿Qué criterios éticos se proponen para concretar las opciones cívicas? ¿Se atiende, en primer lugar, a la solidaridad con los explotados y se apoya a quienes ofrecen mayores garantías de contribuir a su justa promoción colectiva? ¿Se priman, en su lugar, principios de moral sexual o familiar que, teniendo un valor objetivo, están subordinados a los anteriores, en el horizonte de la praxis evangélica? (Capítulo 25 del Evangelio según San Mateo).

Y lo más triste sería que, en vez de emprender decididamente esa línea pastoral, se yugularan más o menos autoritariamente las actitudes renovadoras que, como las de algunas Iglesias locales latinoamericanas, son el más serio motivo de credibilidad que podemos presentar a la humanidad actual.

